La muerte del adversario.qxp:interior 26/7/10 15:14 Página 1

La muerte del adversario.qxp:interior 26/7/10 15:14 Página 3

LA MUERTE DEL ADVERSARIO

Alexanderplatz, 17

La muerte del adversario.qxp:interior 26/7/10 15:14 Página 5

Hans Keilson

La muerte del adversario

Traducción de Carles Andreu

editorial minúscula
BARCELONA

La muerte del adversario.qxp:interior 26/7/10 15:14 Página 6

Título original: *Der Tod des Widersachers*
© 1959 Georg Westermann Verlag, Braunschweig
© 2005 S. Fischer Verlag GmbH, Frankfurt am Main

© de la traducción: 2010 Carles Andreu
Revisión: Juan Martínez Terrones

© 2010 Editorial Minúscula, S. L.
Sociedad unipersonal
Portolà, 26 - 08023 Barcelona
minuscula@editorialminuscula.com
www.editorialminuscula.com

Primera edición: septiembre de 2010

Diseño gráfico: Pepe Far
Fotografía de la cubierta: © Joerg Reimann
Fotografía de la solapa: © Martin Spieles / S. Fischer Verlag GmbH

GOETHE-INSTITUT La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Goethe-Institut, financiado por el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona
Impresión: Winihard Gràfics S. L., Av. del Prat, 7, 08180 Moià

ISBN: 78-84-95587-68-8
Depósito legal: B-33.672-2010

Printed in Spain

Los apuntes aquí publicados me los proporcionó un abogado holandés un tiempo después de la guerra en Ámsterdam. Según me contó, a él se los había entregado al cabo de unos dos años y medio del inicio de la guerra uno de sus clientes, un hombre de poco más de treinta años que había acudido a él para pedirle consejo acerca de una serie de anodinas cuestiones profesionales, como suele ser habitual en la práctica diaria de un abogado. Entre ambos no se había llegado a establecer una relación de confianza que pudiera explicar por qué este había decidido entregar a su asesor jurídico aquel legajo manuscrito antes de desaparecer durante un tiempo para ponerse en lugar seguro, no sin antes haberle asegurado que la posesión de dichos papeles no entrañaba peligro alguno y que podía guardarlos en cualquier sitio. Aun así, el abogado había preferido enterrarlos junto a algunos de sus propios documentos y de sus clientes debajo de su casa, donde habían sobrevivido a la guerra. Sin embargo, si bien la mayoría de los textos enterrados fueron reclamados por sus propietarios, estos apuntes permanecieron largo tiempo sobre su escritorio.

—Tenga —me dijo y me entregó el legajo. Los papeles estaban manchados y arrugados, y la tinta se había corrido en algunas partes, como si hubieran pasado largo tiempo bajo el agua.

—Están escritos en alemán —dije yo con sorpresa.

—Léalos —replicó él, lacónico.

—Así pues, no los escribió un holandés —insistí.

—No. Léalos y dígame qué le parecen.

Intenté sonsacarle más información sobre el autor, pero tan solo obtuve respuestas evasivas. Yo sabía que el abogado hablaba un alemán excelente y se me ocurrió que tal vez los había escrito él mismo. Se lo pregunté con mucho tacto, pero él se limitó a reír.

—Léalo, si quiere —dijo.

—¿Y luego qué? —proseguí yo.

—No lo sé. A lo mejor se le ocurre algo.

—¿Seguro que no se trata de un engaño?

—No, no —se apresuró a contestar él—, véalo usted mismo. Los apuntes incluidos en estos papeles constituyen, sin lugar a duda, un intento por parte de su autor de poner en claro una serie de cuestiones personalísimas acerca de su destino. Pero léalos y luego podemos hablar de ello. El autor era un perseguido.

—Todos lo éramos.

—¿Me los devolverá, entonces?

Cerró el cajón del que los había sacado y yo me lo quedé mirando. Quería formularle más preguntas, pero él parecía nervioso. Decidí abstenerme.

—¿Le corre prisa? —le pregunté tan solo.

—No —respondió él—. Me encontrará aquí, en mi despacho.

Así nos despedimos.

Unos días más tarde me llamó para pedirme la dirección de un conocido común que había vuelto a aparecer. Se la di.

—¿Y bien? —preguntó.

—Aún no he tenido tiempo —le dije.
—No hay prisa. ¿Cuándo nos veremos?
—¡Se los devolveré, no se preocupe! —exclamé yo.
—Bien —dijo él y se rió.
Los leí durante los días siguientes.

I

Hace ya días y semanas que no pienso más que en la muerte. Cada mañana, a pesar de que siempre me ha gustado dormir hasta tarde, me levanto al alba tras una noche sin sueños. Me siento fuerte y estoy alerta como nunca antes, y celebro la llegada del nuevo día que trae consigo el pensamiento sobre la muerte. Con cada aliento, esta penetra en lo más recóndito de mi cuerpo hasta colmarlo. Es la muerte quien maneja mi pluma, ¡la muerte! Solo Dios sabe cómo esos pensamientos, como si de un desove se tratara, se introdujeron en mi cerebro, donde se incubaron y maduraron hasta que un día se abrieron y se manifestaron en mi conciencia. Ajá, me dije cuando el pensamiento se presentó por primera vez, ahí está, y lo saludé como se saluda a un viejo conocido que llega no en el tren que esperábamos, sino en el siguiente. Aunque en realidad no es que lo hubiera estado esperando y, de hecho, cuando apareció me sorprendió y pensé que era demasiado pronto. Habría deseado que no se me acercara. Antes, si oía a alguien hablar de sus pensamientos sobre la muerte (y no hay cosa sobre la cual a la gente le guste tanto explayarse como lo que llaman su momento final), me preguntaba fugazmente: ¿y qué hay de tu muerte? Di, ¿qué piensas tú de ella? Mientras tanto, me fumaba tranquilamente mi cigarrillo, me bebía mi té con azúcar y escuchaba las historias de los demás con una placentera sensación de bienestar. No se me ocurría nada. Yo era, en cualquier caso, lo

que da en llamarse un interesado indiferente. La muerte... Pues bienvenida sea, pensaba yo, o que se vaya al infierno; por Dios, ¡qué sé yo qué actitud debo tomar! Estoy bien de salud, y que dure, me siento joven y tan solo espero que mi final no esté aún escrito. Pero todo eso ha cambiado desde que he empezado a pensar en la muerte. Desde entonces paso las horas sentado, sentado y pensando en ella. Y tal es mi obsesión que, si alguien me separase la cabeza del tronco, el estómago o la rodilla derecha asumirían la función del pensamiento y me apuesto lo que sea a que serían capaces de llevarla a cabo hasta el final. Tan colmado estoy por la muerte, tan saciado de ella.

¿Que cuente cómo penetró en mi cabeza, cómo se me metió dentro? No me acuerdo y, la verdad, prefiero no darle más vueltas al asunto. Es como si un médico le pregunta a su paciente cuándo notó por primera vez dolores en el brazo y este respondiera: el martes, lo recuerdo perfectamente. Crucé el mercado de caballerías y me encontré con un conocido que me explicó que, de vez en cuando, notaba un ligero calambre en el brazo, justo encima del codo. Tal vez sea reumatismo, dije yo. ¡A saber qué podía ser! Luego me marché, pero desde entonces, de vez en cuando, también yo noto un ligero calambre que me sube por el brazo hasta llegar al hombro, tan leve, tan sutil acaso como cuando una madre siente el primer puntapié de su hijo en el vientre. Pero no, eso no lo sabe nadie; yo mismo consideraría un chiflado a quien me contara algo así, y un necio a quien se lo creyera.

No puedo explicar cómo la muerte penetró dentro de mí, pero sí la sensación de percibirla en mi interior. Me sentí como cuando un fuerte dolor te impide dormir, solo que no se trataba de un dolor. Algo distinto, mucho más sublime de lo que un dolor puede llegar a ser, me colmaba. Casi me eché a perder.

Llegados a este punto, debo explicar qué clase de pensamiento sobre la muerte fue el que me asaltó. No se trataba de un pensamiento sobre mi propia muerte, sobre el hecho de que antes o después deba morir. Por todos los cielos, nada me es más ajeno que pensar en esa clase de disparates y espero no tener que soportar nunca semejante carga. Pensar en la propia muerte me deja frío, indiferente, es algo que nunca me va a afectar. Es más, no creo que ninguna persona cabal pierda el tiempo pensando en su propia muerte. No es asunto mío, dirá, mi muerte no es asunto mío, pues pensar en ella significaría empequeñecer la propia vida, que puede ser grandiosa si uno lo desea, y al mismo tiempo establecer unos límites a los que esta se sometería voluntariamente. Las personas como yo (y es un gran consuelo saber que no soy el único) vivimos, trabajamos y acometemos los quehaceres diarios con la convicción de que las cosas seguirán inmutables, en nombre del cielo y de los justos, hasta el fin de los tiempos.

Fue el pensamiento sobre la muerte de mi enemigo lo que me recorrió el espinazo como un escalofrío en plena noche y me hizo estremecer. La muerte de mi enemigo: pienso en ella con toda la dicha que un pensamiento puede causar a quien lo considera algo vivo. La muerte de mi enemigo: pienso en ella y la experimento con toda la gravedad y la transcendencia que puede suscitar un pensamiento sobre un enemigo merecedor de serlo. La muerte de mi enemigo: a cada hora le dedico parte de mis pensamientos. Y son los momentos más gloriosos del día, por no hablar de la noche, cuando ese pensamiento me domina por completo. La muerte de mi enemigo: bendito sea el pensamiento sobre la muerte de mi enemigo. Poco a poco, uno va ansiando la llegada de su propia muerte, como la novia ansía la llegada del novio, o eso dicen por lo menos quienes gustan de mezclar la muerte con

el amor. Uno debe hacerse poco a poco a la idea de la propia muerte para demostrarse merecedor y digno de ella. Solo quien haya aprendido eso podrá decir con justicia que ha forjado su propia vida. Sin embargo, yo vi a muchas personas que lentamente, y no sin padecimientos, se hacían a la idea de su propia muerte, pero que, en cambio, eran incapaces de sobreponerse a la muerte de un amigo.

Tampoco vi a demasiada gente que estuviera a la altura de la muerte de su enemigo. Desde que este pensamiento se ha apoderado de mí, un nuevo objetivo le ha dado alas a mi vida. Nunca antes había perseguido dicho objetivo, ni se me había ocurrido pensar que pudiera estarme reservado a mí. ¡Ay, qué vida tan indigna llevé hasta descubrir el alto fin que puede aguardar a un hombre en esta Tierra! ¿Qué valor tienen el resto de objetivos que las personas se imponen a sí mismas, creyendo que gracias a la felicidad, el amor o el odio podrán olvidar los despojos vacíos que deja atrás un cuerpo ya sin alma? Ninguna de esas nobles mentiras logrará jamás aplacar el incendio que la muerte provoca en las almas verdaderamente solemnes en el momento de la revelación. Es un zumbido que corta el aire, como cuando un robusto árbol centenario cae derribado, una flecha que se pierde en el azul resplandeciente del invierno: tengo el ánimo festivo, mi enemigo penetra en el blanco territorio de su muerte.

Así como en vida supo que era mi enemigo, del mismo modo que yo era el suyo, quiero que en su hora final sepa que mis pensamientos sobre su muerte son dignos de nuestra enemistad y que no he renunciado a ella ni por un instante; esta sigue siendo nuestra propiedad imperecedera, incluso en los últimos momentos de mi enemigo. Nuestra enemistad colmó nuestras vidas y le estoy en deuda también en el momento de la muerte.

El camino que ha desembocado en el final de mi enemigo ha sido largo. Este lo llevó de victoria en victoria y de triunfo en triunfo, la trayectoria de un inmortal. También discurrió por hondonadas, pantanos y cenagales, donde nacen y germinan los deseos secretos, con el olor a podrido de la enfermedad y la perfidia; la vida de un mortal, como la mía. Y hoy ha sufrido su mayor victoria: hoy penetra en el blanco territorio de su muerte. Pero yo mismo he debido recorrer un camino aún más largo para, liberado por fin de los pequeños pretextos de los que tan a menudo se sirven el odio y la venganza, poder acompañarle en su momento final. Con todo, un destello de odio y de venganza pervive en mis pensamientos, surcados aún por un rastro de rencor. Me gustaría poder eliminar de mi recuerdo ese último rastro de las voluptuosas ramificaciones y raíces de la malicia y la rabia; soy yo quien, sentado, espera el momento en que lo acompañe hasta su muerte, oídme bien, ¡lo acompañaré hasta su muerte! Pero uno no puede extirparse las arrugas de la cara como quien corta las partes podridas de una manzana; debe llevarlas en la cara y, más aún, saber que las lleva, pues las ve cada día cuando se lava frente al espejo. No puede extirparlas, porque forman parte de la cara. Pero, a pesar de todo, se trata de una espera solemne, llena de alegría, tristeza y recuerdos, hasta el momento de la despedida y el último adiós.

Conste que no le deseo la muerte de la forma en que a veces le deseamos algo malo a otra persona, ni como podríamos desearle la muerte a nuestro adversario para así quitárnoslo de encima.

¡Cómo se equivocan quienes creen ver en la muerte algo así como un castigo! También yo, debo admitirlo, estuve mucho tiempo abandonado a ese error, tan intensos eran mi odio y mi sed de venganza. Deseaba vengarme no solo a mí mismo por toda

la infelicidad que este me había provocado, cuando esta me parecía aún enorme y exclusivamente mía, sino vengar también a todos los de mi pueblo, que sufrían tanto como yo. Por suerte reconocí a tiempo lo absurdo de ese pensamiento. Y eso también se lo debo a mi enemigo.

Mi enemigo (al que llamaré B.) llegó a mi vida, lo recuerdo perfectamente, hace unos veinte años. Por aquel entonces yo tenía una idea más bien confusa de lo que significa ser el enemigo de alguien, más aún de lo que significa tener un enemigo. Las enemistades, lo mismo que las amistades, deben madurar con el tiempo.

A menudo oía a mi padre y a mi madre hablar de ello, generalmente con los misteriosos susurros que empleaban los adultos para que nosotros, los niños, no los oyéramos. Sus palabras adoptaban un aire confidencial, desconocido hasta entonces. Hablaban para ocultar algo. Pero los niños aprenden a oír y a interpretar los secretos y los miedos de los mayores y así se vuelven más fuertes. Mi padre decía:

—Como B. llegue al poder, ¡que Dios se apiade de nosotros! Lo que nos espera...

—Quién sabe, a lo mejor no sucede —replicaba mi madre, más serena—. Tampoco es que sea un hombre tan importante.

Aún los veo ante mis ojos, mientras estaban ahí sentados y hablaban.

Mi padre está sentado en la cocina, en un taburete bajo. Es un hombre pequeño y recio, algo rollizo, y tiene los codos apoyados en el borde del armario que ocupa toda la pared. Su cabeza redonda está inclinada hacia un lado y descansa sobre los dedos

extendidos. Acaba de hablar, pero su cabeza ladeada parece indicar que, con la otra oreja, ya está escuchando algo, a lo que presta gran atención. Sin embargo, debe de tratarse de una mala noticia. Mientras habla y escucha, su rostro adopta una expresión de tristeza y angustia, como si en lo más profundo de ese rostro hubiera caído un velo negro que lo cubre, al tiempo que sirve de telón de fondo para todo lo demás. Mientras tanto, por encima de eso, los elementos externos, los músculos, la piel, el pelo, tienen un aspecto relajado, transmiten movimiento, de vez en cuando los labios esbozan incluso una sonrisa, pero cada vez que alguien observa ese rostro sabe que detrás de eso, en el fondo sobre el que se alza todo lo demás, subyacen una angustia y una tristeza profundas.

Su mujer, mi madre, está apoyada en la mesa frente a él, ligeramente inclinada hacia delante sobre el breve espacio que se abre entre ambos y que una mosca llena con su zumbido errante, y mira desde lo alto a mi padre, que se ve tan pequeño ahí sentado en su taburete, más pequeño que un niño, pues él es un adulto. Mi madre se ha inclinado así innumerables veces ante los pequeños y los débiles, pues, sin que ella se dé cuenta, su cuerpo tiende por naturaleza a esa inclinación, aunque presente aún un aspecto joven y erguido. Sabe que mi padre no oye sus palabras, que todo lo que procede del exterior rebota contra ese telón sin lograr atravesarlo, pero que, en cambio, sí percibe su inclinación sobre ese espacio vacío. Él, que en su trabajo divide el tiempo en fracciones mínimas y logra cuajar el movimiento en un intervalo hasta detenerlo, a la vez que intenta captar en esa rigidez lo que aún conserva de movimiento, que pretende crear el movimiento en lo estático, percibe ese movimiento dirigido a él, lo interpreta e infiere de él lo que otros infieren de las palabras.

Salió del cuarto oscuro, donde las placas reposan dentro de unas grandes bandejas de cristal hasta que en ellas aparecen las imágenes, y se dirigió de inmediato a la cocina, que encontró vacía. Se sentó en el escabel más bajo. Su mujer, que lo había oído salir y dirigirse hacia allí, fue con él.

La cocina es el lugar más austero de toda la casa. Está llena de muebles pintados de color verde, lustrosos y pulidos. Encima de la barra para los trapos hay una cortina blanca con bordados azules y una cinta de puntillas blancas bordea el anaquel del aparador. Todo tiene un aspecto frío y como relamido. En el centro cuelga una lámpara de techo baja blanca con un cordón marrón. Detrás del hombre, un largo visillo amarillento cubre dos anaqueles de madera atestados de zapatos, y debajo, en un rincón en el suelo, hay un montón de periódicos viejos.

En ese preciso instante, el niño, que ha oído voces al otro lado de la puerta cerrada, entra en la habitación. Lo que expresan esas voces va más allá de las meras palabras y eso despierta la curiosidad del niño, que se siente arrastrado hacia la cocina.

Para un niño, la cocina es un lugar de ocultos placeres, dulces secretos y deliciosas sorpresas en los que hundir los dedos para luego relamérselos, no un lugar para conversaciones serias.

No sé nada del inicio de la conversación entre ellos, no consigo recordar sus palabras exactas, pero sí sé que fue la primera vez en que tengo conciencia de haber oído aquel nombre que no iba a olvidar jamás. A menudo las palabras son triviales. Aunque uno las haya olvidado, sigue recordando la imagen de dos personas en una cocina fría y relamida, una sentada y con la cabeza apoyada en la palma de la mano, la otra de pie, y entre ambos un espacio breve, vacío, sobre el que se inclina un cuerpo de mujer. Y uno se acuerda también de los dos juntos, un todo que, inevitablemen-

te, calaba en cada uno de ellos; uno lleno de esperanza y apoyado en ese todo, casi como si pretendiera desaparecer detrás de este, y el otro aún resistiéndose, aún rebelándose, siempre a punto para plantar cara: la inevitable aflicción que impregna la imagen en su totalidad, pero también cada uno de los detalles, el doblez del visillo amarillento frente al cual está sentado el padre y la mosca que da vueltas a la lámpara y que con su vuelo errático mide el espacio vacío entre ambos. Impregna también el entarimado de madera, liso y acabado de fregar, las puertas cerradas del armario y el interruptor que hay junto a la puerta. La inevitable aflicción impregna todas las cosas y al recordar una, la que sea, esta invoca el recuerdo de las demás, que se condensan en un todo, que ha permanecido en las profundidades de la memoria y que pervive. Y lo que estalla dentro de ti no es miedo, sino algo mucho más fuerte y tangible. Sientes como se te acerca lentamente y te oprime los hombros. Puedes golpearle, morderle y plantarle cara. Es tan real como el interruptor, la mosca y los viejos periódicos amontonados en el rincón, debajo del visillo.

Esa fue la impresión que me llevé en apenas unos segundos, después de entrar en la cocina. La conversación entre mis padres se prolongó unas pocas frases más. Entonces mi padre me dirigió una mirada interrogativa, como si reflexionara seriamente sobre mí. La sombra que cubría sus ojos desapareció. Mi madre se inclinó hacia atrás y me dirigió una sonrisa.

—De momento no ha pasado nada de eso —dijo—. Y quién sabe.

Mi padre se sacó un disparador del bolsillo y jugueteó con él.

—Esta tarde he fotografiado a un perro y a un gato —dijo entonces.

—Sí —respondí yo, encantado—. ¿Y se llevaban bien?

—No —replicó él alegremente.

—¿Y cómo los has fotografiado?

—Te lo contaré. Una mujer he venido a mi estudio. En una mano, atado con una correa, llevaba un dogo muy grande y muy bonito, y en la otra una cesta de asas con un gato cartujo. «Estos son *Bützi* y *Hützi*», ha dicho. «Los traigo para que les haga un retrato. Son los animales más educados del mundo, viven juntos desde hace ya un año. Son nuestros pequeños, aunque se llevan mejor que si fueran hermanos. Mi marido quiere para su cumpleaños una fotografía de los dos, tendidos apaciblemente uno junto al otro. Y yo se la voy a regalar, ¿entiende? Como recuerdo.»

—¿Como recuerdo de qué? —lo interrumpí yo.

—Pues de eso, de cómo perros y gatos viven en paz en su casa.

—Ya estás otra vez con tus historias... —dijo mi madre riendo y levantó un dedo amenazante.

—¡Pero esta es verídica!

—Sea verídica o no, es otra historia —se burló ella.

—Pero no se han llevado bien —intervine yo—, o por lo menos eso es lo que has dicho antes...

—Es que no me habéis dejado terminar —dijo mi padre y continuó hablando—. La mujer saca el gato del cesto y lo deja en el suelo. El perro se sienta sobre las patas traseras, vuelve a levantarse y corretea mansamente por el estudio. El minino se esconde de puntillas bajo la mesa y empieza a relamerse. Entretanto yo negocio con la mujer, discutimos el tamaño y el precio de las copias. Me pide tantas copias que parece como si quisiera regalarle una a todos los miembros de su familia y a todos sus

amigos. Acordamos el precio y, mientras tanto, yo voy pensando ya en la disposición. Tiene que ser una foto sencilla. «¿Qué le parece si colocamos una mesita con flores de fondo?», le pregunto. «Oh, sí», responde ella, pero al momento cambia de opinión: «Ay, no, mejor no; tiene que ser una foto de los dos, las flores no harían más que estorbar.» Saco un silloncito y lo cubro con un paño amarillo. La mujer hace salir al gato de debajo de la mesa, lo coloca encima del sillón y el animal empieza a ronronear; el perro se acerca correteando y con las muestras de aprobación vuelve a sentarse sobre las patas traseras. Coloco bien los focos, enciendo la luz del techo y dispongo dos pequeños proyectores de modo que la pareja quede bien iluminada. La mujer se acerca a los animales y los tranquiliza. Entretanto el minino ha saltado al suelo, pero el perro se ha quedado sentado en su sitio, contemplando la escena con gran interés. «*Bützi*, ven», lo llama la mujer. *Bützi* se acerca despacio y su dueña lo coloca de nuevo encima del sillón; el gato se queda un instante sentado, estira el cuello, mira hacia arriba de tal modo que parece que esté intentando mantener los pelos del bigote en equilibrio, pestañea, mira intranquilo a derecha e izquierda y vuelve a saltar al suelo. En ese preciso instante la mujer exclama: «Ay, me he olvidado de ponerle el collar», y rebusca en su bolso. «Espero no habérmelo dejado», dice entre dientes. «No, aquí está. ¡Ven, *Bützi*, ven! Tengo que ponerte el collar para que estés bien guapo para la foto.» El gato se ha sentado otra vez debajo de la mesa, de donde sale caminando con paso solemne, tenso y vacilante. La mujer se agacha y le coloca el collar. Entonces levanta el gato y lo deja de nuevo sobre el sillón, pero cuando sus manos se apartan del cuerpo del animal, este se está preparando ya para volver a saltar. «Pero *Bützi*», exclama la mujer, algo enfadada, y mientras con las dos

manos sujeta al animal encima del sillón, me pregunta si me queda mucho, visiblemente nerviosa y algo insegura de que la idea planeada pueda culminarse con éxito. «Ya casi estoy», le respondo yo. «Solo falta este cable... Ya está.» «La luz lo pone nervioso», dice la mujer.

Mi padre interrumpió la historia y me dirigió una mirada sarcástica.

—También las madres que hablan de sus hijos como un dechado de virtudes deben encubrir su comportamiento cuando estos se portan mal a la vista de todo el mundo, ¿verdad?

Entonces ladeó su cabeza redonda y echó un vistazo a su alrededor con los ojos entrecerrados. Calló como si esperara una ovación. Le encantaba, de vez en cuando, adoptar aquella actitud contemplativa bajo la máscara de una reflexión objetivamente válida, aunque todos éramos conscientes de que hacía comedia. Sin embargo, con los años mi madre había aprendido a ignorar aquellos silencios. Entonces callaba ella también, como si estuviera cautivada por la historia y esperara la continuación.

—En fin —dijo finalmente mi padre, adoptando la misma postura que antes—, mientras la mujer aguanta al minino veo su rostro sonrosado y me doy cuenta de que también ella se ha engalanado como si fuera a salir en la foto. «¿No quiere ponerse el gato en el regazo?», le pregunto. La mujer duda un momento antes de decir: «¿Usted cree? ¿Cuánto costaría?» «Desde luego», respondo yo, «así su marido tendrá todo lo que ama en una sola foto y a usted no le costará ni un centavo más.» La mujer duda de nuevo, se aleja lentamente del sillón, se lo piensa, echa un vistazo a los animales, mira hacia donde yo estoy y se queda callada. Mientras tanto, *Bützi* sigue sentado encima del sillón y

yo aprovecho para buscar el primer encuadre. «Ay, no», dice finalmente, «solo los animales, como es en realidad.» Entonces le llega el turno al dogo. El perro ha estado todo el rato muy tranquilo, sentado y observando cómo el gato se portaba mal, pero de pronto abre mucho la boca y suelta un bostezo, se levanta, da unas cuantas vueltas sobre sí mismo y se sienta de nuevo, pero esta vez de espaldas al aparato. *Bützi* lo mira con sorpresa. «*Hützi*», lo llama la mujer desde un lado, donde se ha instalado resignadamente. Entonces, irritada, se acerca hasta el perro, lo agarra por la correa y lo obliga a dar la vuelta hasta que queda otra vez de cara al objetivo. Está tan nerviosa que se lo contagia a los animales. *Bützi* vuelve a saltar debajo de la mesa y *Hützi* se esconde entre los pliegues de una cortina. Luego *Bützi* salta sobre uno de los proyectores, *Hützi* se coloca frente al ventanal y mira hacia fuera, mientras la dueña intenta en vano conquistar a sus animales con una mezcla de halagos y amenazas. Perro y gato deambulan, saltan y corren por todo el estudio, una protesta animal, silenciosa y solemne, contra quienes los quieren obligar a que exhiban su antinatural armonía doméstica. Y, mientras tanto, la agitada y desconcertada señora está sudando a causa de la rabia, la decepción y el calor de los focos, y rompe el silencio con gritos como: «Ay, *Hützi*», «Ven aquí, *Bützi*», «Oh, no», «Colócate en tu sitio», «Ven con mamá», al tiempo que asegura que en casa se comportan de forma tan pacífica. «Seguro que los focos los inquietan, no están acostumbrados. ¡Y ahora tendré que encontrar otro regalo para mi marido!»

—Si le hubieras dado un poco de leche al minino, le habrías podido hacer la foto —dije yo—. En cambio... ¡qué pena!

—Pues al final los he podido fotografiar —respondió mi padre.